

ÍNDICE

Nota de la editora	7
Prólogo: Una propuesta metodológica para el reconocimiento del otro, por <i>Emilce Dio Bleichmar</i>	9

La sombra del otro Intersubjetividad y género en psicoanálisis

Agradecimientos	25
Introducción	27
 1. El salto originario del psicoanálisis: del cuerpo al discurso Freud, feminismo y las vicisitudes de la transferencia	41
 2. “Construcciones de contenido incierto” Género y subjetividad más allá de las complementariedades edípicas	91
 3. La sombra del otro sujeto Intersubjetividad y teoría feminista	155
 Referencias bibliográficas	197
 Índice temático	211

Prólogo

Una propuesta metodológica para el reconocimiento del otro

A Jessica Benjamin se la presenta como una feminista académica que intenta una comprensión intersubjetiva de la economía sexual; que desarrolla una teoría sobre el lugar de la opresión y la dominación en la subjetividad y la participación de los dominados en la opresión; una psicoanalista que dialoga, interpela y cuestiona a Freud; una de las fundadoras de la orientación relacional en psicoanálisis; una de las teóricas sobre la posición del tercero en la relación psicoanalítica; una de las figuras más destacadas del programa postdoctoral en psicoanálisis de la Universidad de Nueva York. Resulta difícil encontrar una fórmula unitaria para definir a la autora de *La sombra del otro*, obra que ella considera la coronación de su teoría sobre el género, trabajo iniciado en obras anteriores, *Los lazos del amor* y *Sujetos iguales*, objetos de amor, que han sido traducidas con anterioridad.

No obstante, me aventuro a una definición: Jessica Benjamin es una pensadora que ha producido ideas y categorías metodológicas para pensar las relaciones humanas y que las aplica tanto a las teorías que examina, cuestiona y confronta —siempre en el aspecto más medular de cada una de ellas— como también a la relación terapéutica, relación que considera el laboratorio de la intersubjetividad, del encuentro o desencuentro en el reconocimiento de ambos participantes —paciente y analista— como sujetos. Reconocimiento e intersubjetividad son conceptos centrales en las teorías contemporáneas sobre el desarrollo que Benjamín trabaja minuciosamente, distinguiendo cuándo se utilizan para describir una relación entre dos personas y cuándo se trata de una relación de reconocimiento entre dos sujetos.

Su obra ofrece una cierta dificultad a la lectura y comprensión inicial; exige al lector el mismo trabajo que en Jessica Benjamin es su forma de vivir la experiencia: observando, leyendo sobre lo que observa, reflexionando sobre lo anteriormente sabido o aprendido, y avanzado en la complejidad de las ideas. De modo que no se trata de la lectura de un texto repetitivo, sino de una suerte de heterodoxia genérica: una concepción sumamente original de las semejanzas y las diferencias entre los sexos.

En *La sombra del otro* es posible rastrear el itinerario de sus lecturas y de su pensamiento desde sus inicios. La exploración no se limita a un autor, sino que siempre es interdisciplinaria, llena de referencias cruzadas, en un esfuerzo por recoger y sobreincluir las contribuciones que diferentes autores, adscritos a las más variadas escuelas, han hecho al psicoanálisis. La sobreinclusividad es uno de los principios metodológicos permanentes en su pensamiento. Regala y expone al lector al ejercicio de observar cómo trabaja una mente inclusiva que puede asumir múltiples posiciones y que es capaz de incluir al otro en su interior, distinguir entre las dimensiones psicoanalíticas intrapsíquica e intersubjetiva sin eliminar una en favor de la otra, sino esforzándose por el mantenimiento de la bidireccionalidad de ambas dimensiones de la experiencia. Benjamin cuestiona el ideal o el intento forzado de integración y se inclina por el principio del mantenimiento de la tensión. A su vez, lo que desarrolla a un nivel teórico inmediatamente tiene un lugar en la relación humana: no es posible integrar el reconocimiento del otro y la afirmación del sí mismo, solo

podemos ser conscientes de ambas direcciones de la relación sin excluirlas, sino manteniendo la tensión del equilibrio inestable entre ambas.

El término excluido hace referencia a aquello que es repudiado, desterrado del sí mismo y convertido en abyecto con el fin de asegurar la identidad del sujeto. Algo que es expulsado de un lugar psíquico (inclusión) tiene que ir a alguna otra parte (exclusión), del mismo modo que aquello que se rehúsa reconocer en el exterior resurge peligrosamente como un objeto interno amenazante.

La audacia de su reflexión sobre la exclusión o expulsión que el ser humano realiza permanentemente, tanto en su vida como en las teorías que produce, abarca el tema de la exclusión de la irracionalidad, de la violencia y del horror de los que todos somos capaces.

Y hace suyas las afirmaciones de Bataille: “Básicamente se dice que Auschwitz no habría tenido lugar si no hubiera habido monstruos. Hay una cierta forma de condena moral que es una negación escapista. Se elimina a los monstruos del terreno de lo posible”. Benjamin agrega que este self posible, este monstruo, debe ser incluido en alguna concepción del sí mismo que intente confrontar esa violencia hacia el otro, ese rechazo, como un primer paso para dar lugar a la llamada al respeto y al reconocimiento de la diferencia. Benjamin introduce el término inclusión como un paralelo polémico al de exclusión. Todo lo que es excluido de la conciencia está en alguna parte y debe ser reconocido, incluido y considerado una parte crucial del descubrimiento de la propia subjetividad.

Teoría feminista sobre los géneros

En la actualidad existen múltiples textos académicos feministas sobre los géneros y la revisión del complejo de Edipo freudiano en los que la repetición de lo ya conocido supera a los aportes del autor.

No es este el caso: Benjamin aborda estos temas con una originalidad poco corriente, llena de hallazgos imprevistos que son fruto de una libertad intelectual nada frecuente en algunos medios psicoanalíticos. Desafía el principio binario de las polaridades sujeto/objeto, femenino/masculino, pasivo/activo, observador/participante y de su complementariedad. A pesar de la postura de Freud sobre el carácter incierto de las categorías femenino/masculino, gran parte del edificio psicoanalítico descansa en la defensa del binarismo activo/pasivo como la complementariedad ejemplar de la relación hombre/mujer.

En su revisión feminista del género, Benjamin plantea que lo que Freud describe como el complejo de Edipo consistiría, en realidad, en una descripción de la estrategia psíquica del niño varón para situar en su mente a la niña como la depositaria de la pasividad, la receptividad y la contención, porque la posición de pasividad en relación con la madre es amenazante. En un innovador trabajo que la comunidad psicoanalítica oficial no ha aceptado para su publicación, “*The Riddle of Sex*”, Benjamin sostiene que la descarga de la energía sexual normativiza la masculinidad, y su contención —en el sentido de receptor pasivo— caracteriza a la niña, que desconoce, reprime su deseo sexual y/o se culpabiliza por su satisfacción.

De modo que la complementariedad activo-pasivo es función de la economía intrapsíquica de la descarga: “O lo pones dentro de mí, o yo lo pongo dentro de ti”. La descarga de tensión se asocia con la actividad y adquiere el significado de bueno para la masculinidad, ya que lo rescataría de la amenaza de “una posición pasiva, intolerable y femenina, pues a medida que la psique del varón expulsa la pasividad, crea mediante la escisión lo que se denomina feminidad como un objeto proyectado que absorbe lo que él expulsa”. Benjamin nos brinda la oportunidad de profundizar en este proceso de sexualización sobre el que descansaría la comprensión del enigma de las diferencias de los géneros. Lo explica en una dimensión psicológica intersubjetiva, como fallas de los sistemas diádicos originales en el reconocimiento: fracaso en la regulación, tanto de la gratificación como de la contención de los afectos, y fracaso en respuestas que otorguen coherencia a sí mismo.

Es en la revisión del Edipo donde la seriedad y erudición de Benjamin se muestran en toda su amplitud. Interesada en el proceso individual psicológico por el cual las personas participan en relaciones sociales, fue lógico para ella conectarse con las investigaciones sobre la primera infancia y la teoría del apego a partir de la cual se explica la naturaleza básicamente relacional del ser humano.

Sus originales propuestas sobre el Edipo no las hace de forma académica, sino que participa en las observaciones empíricas sobre el desarrollo humano, siguiendo a Daniel Stern y Beatriz Beebe. La relación temprana se ha convertido en el foco de las investigaciones psicológicas en el siglo xxi, donde, en la mayoría, la madre es siempre observada como un objeto para el infante si se halla capacitada para el despliegue de una serie de funciones esenciales para el buen desarrollo del niño: cuidados, contención y regulación emocional, trasvase narcisista y adecuada estimulación erógena. No se la tiene en cuenta en su subjetividad, sino como alguien que tiene que estar dispuesta y dotada para crear subjetividad en el infante.

En este sentido, Benjamin insiste en que el reconocimiento de la madre como sujeto de deseo y de experiencia no puede resultar simplemente de su internalización como objeto mental por el niño, sino que es esencial que este proceso sea mutuo; esto es, la madre reconoce al niño como sujeto con sus propios deseos y necesidades, y no solo como objeto de sus proyecciones o de su investidura narcisista, y el niño debe llegar a reconocer a la madre como alguien separado. Pero para que este proceso sea recíproco, la madre tiene que reconocerse ella misma como sujeto, para que los hijos no la vean y la tomen simplemente como la que está ahí para cuidar.

El proceso de separación e individuación se describe desconociendo la subjetividad materna, por lo que Benjamin sostiene que la necesidad de reconocimiento entraña una paradoja hegeliana: en el momento mismo de realizar nuestra propia voluntad independiente, necesitamos de otro que la reconozca, en una tensión constante entre reconocer al otro y afirmarse una misma. Tensión que se extiende a todas las relaciones de dominación y, especialmente, a la relación entre los géneros. Éste es otro de sus principios teóricos y metodológicos, las paradojas tolerables, ser conscientes de que los humanos estamos inmersos en una gran paradoja: para el reconocimiento de nuestra independencia

somos dependientes del otro, de ahí el rechazo de ese otro-madre originario, que es con quien la dependencia se desarrolla.

Benjamin considera a la autonomía un ideal discursivo basado en la exclusión y dominación del otro, dentro y fuera de sí, propio de la masculinidad. Dependencia y autonomía, lejos de excluirse entre sí, pueden articularse e incluirse. ¿Cómo? Mediante un proceso de revisión de la teoría que pueda abarcar las paradojas, en este caso poniendo a trabajar el concepto de Winnicott de espacio transicional.

La agresividad, la violencia en la pareja, en la cultura pueden ser entendidas a la luz de estas reflexiones. La consideración del otro como objeto y no como sujeto es habitual en toda situación de dominación de unos sobre otros, y la desubjetivación del oponente ha sido la estrategia ideológica que precede a la aparición de todas las tiranías. Benjamin trata de redefinir la construcción de la subjetividad humana a partir de la relación entre sujetos, cuyo reconocimiento mutuo —como objeto y como sujeto— será crucial para entender la teoría de la intersubjetividad que sustenta. El otro no es solo el objeto de la necesidad/pulsión del yo, ni de la cognición/percepción, ni objeto de amor ideal (el otro considerado como objeto), sino que tiene un centro personal, un sí mismo central separado y equivalente (el otro considerado como sujeto igual, que da título a uno de sus libros). Un reconocimiento mutuo que se lleva a efecto mediante el goce del descubrimiento de otras mentes que pueden sentir lo que él mismo siente.

Pensando sobre las distintas opciones o propuestas que pueden ser contradictorias o conflictivas ante este problema, en lugar de proponer alguna fórmula para la resolución del conflicto, Benjamin considera que lo posible es el mantenimiento de la tensión entre las posiciones. Tensión entre disciplinas, tensión entre autores, la observación del contexto de tensión. Tolerar la ambivalencia, ser capaz de sentir amor y odio por/hacia el mismo objeto no significa que el amor y el odio se sinteticen de tal modo que el amor triunfe, sino que, por el contrario, significa que el odio se puede tolerar. La diferencia, el odio, el fracaso del amor pueden superarse no tanto porque el self esté unificado e íntegro, sino porque es capaz de tolerar su propia división. La salud se aleja de la integración y se acerca a la capacidad de permanecer en esos espacios transicionales entre realidades sin perder ninguna de ellas, es decir, resituando la disociación en el conflicto interno.

El otro es algo más que un objeto del sí mismo

La poderosa influencia de la teoría derridiana de la deconstrucción postestructuralista se percibe en sus propuestas. La categoría de sujeto que Benjamin sostiene se halla lejos de la clásica ortodoxia lacaniana de un sujeto como una posición producida por el lenguaje, o de la exclusión de la subjetividad propia que utiliza Butler para explicar el origen del sujeto.

Está muy sólidamente argumentada su idea de que el sujeto es un significante que hace referencia a la mente real de una persona, a la especificidad de su subjetividad, y que no debemos equiparar la identidad al sí mismo. La clínica nos enfrenta con la realidad de que el sí mismo no es unitario y, sin embargo, es capaz de identificarse con o asumir una determinada posición. La crítica a la identidad no impide postular una subjetividad psíquica que adopte diferentes posiciones mediante la identificación, coincidiendo con Butler cuando

entiende que la formación de un sujeto requiere una identificación con el fantasma normativo del sexo.

Pero Benjamin no solo polemiza y deconstruye algunas nociones básicas de la escuela francesa; también lo hace con la idea central de la corriente psicoanalítica de la Psicología del Self o la tradicional Escuela del Yo americana de un self centralizado y unitario, centrándose en la diferencia teórica que subyace entre concebir las relaciones entre un sí mismo y un objeto, y entre un sí mismo y un otro. Para esto se basa en la distinción que Winnicott plantea entre relacionarse mediante identificaciones con el objeto concebido de manera subjetiva y usar al objeto percibido externamente. Esta idea es central en la tesis de Benjamin: ¿cómo se llega a concebir al objeto como un otro diferente a nuestros deseos o expectativas? El punto de partida es un momento de destrucción: un intento de rechazo, un para mí no existes, un ataque que se resuelve a través de la supervivencia del otro, y sostiene que sobrevivir a la destrucción es resistir al acto y responder al impacto “sin represalias y sin sometimiento. Así, el otro que sobrevive podría verse en su alteridad, como alguien externo, fuera del propio control y, además, producir un impacto decisivo en el self”.

En este punto es enfática: “No solo debemos reconocer nuestra propia propensión a la destructividad, sino que tenemos que ser capaces de sobrevivir a la del otro, a quien también debemos pedir que asuma su responsabilidad de ser un sujeto y sobrevivir a nuestra destructividad. [...] Una subjetividad inclusiva que pueda asumir múltiples posiciones y que sea capaz de asumir al otro en su interior”.

La teoría intrapsíquica, aunque reconoce la contribución del objeto en el sujeto a través del mecanismo de la identificación y da un paso importante en la comprensión de cómo los límites del sí mismo son permeables, no confronta enteramente al sujeto con el otro exterior, con cualquier cosa externa a sus propias proyecciones e identificaciones. Esta postura deja al sujeto sin ningún otro que el producido por un interminable proceso de introyección-proyección.

“La capacidad de no identificarse con una única versión como si fuera el relato completo y de suspender la identidad constituye la premisa del trabajo del analista. Es con lo que el analizante puede identificarse con el analista. Habitualmente, cuando el analista se va de vacaciones debe ser capaz de identificarse con el sentimiento de abandono del paciente y afirmarlo —sé que te sientes abandonado— y experimentarse a sí mismo como un objeto negligente, malo, que abandona. Solo estableciendo esta doble posición, que, por supuesto, es comunicada inconscientemente al analizante, puede este sentir que el analista sobrevive a sus reproches y tolerar verdaderamente su sentimiento de pérdida. Esto permite al analista convertirse en externo y dejar de sentirse enteramente identificado con el objeto acosador. Hablando en términos generales, el otro que sobrevive es aquel que contempla la doble identificación, reconociendo la posición del otro sin abandonar su propia posición y viéndose aliviado de los aspectos persecutorios”. Ésta es una ilustración de la posición psicológica de tercero. Tomando como base un proceso intersubjetivo, Benjamin se acerca a un problema epistemológico: ¿cómo se construye el conocimiento? ¿Se aspira por medio de la omnipotencia a que el otro no sea un problema para el sujeto, se le excluye o se le asimila absolutamente por medio de la identificación?

La teoría intersubjetiva de los géneros

El recorrido por el texto nos va dibujando paso a paso una concepción de la intersubjetividad muy propia. En la actualidad, los autores del psicoanálisis que van dando cabida a posiciones plurales y de apertura no dejan de concebir la perspectiva intersubjetiva en sus propuestas. Quince años atrás, cuando este texto fue escrito, Benjamin se encargaba de dejar establecida una precisión importantísima; sostenía que en algunas corrientes teóricas que se autodefinen como intersubjetivistas, este término se aplica a todo aquello que involucre a dos personas, sin tener en cuenta si la relación que el sujeto mantiene es con otros sujetos o es con otros en tanto objetos.

La teoría intersubjetiva que Benjamin propone introduce la cuestión de cómo el sí mismo puede lograr una relación con un otro exterior sin hacerlo a través de la identificación, o sea, asimilándolo al sí mismo o sin ser asimilado por el otro. ¿Cómo se puede reconocer al otro? Estamos ante la problemática de la diferencia tan central en el pensamiento feminista: ¿desde qué posición es posible respetar la diferencia o las múltiples diferencias? Es crucial que yo considere al otro, hombre o mujer, no como un mero objeto de mi mente, sino como un sujeto con derecho propio, con un centro equivalente al mío.

Jessica Benjamin es una de las mayores figuras intelectuales del feminismo psicoanalítico. Su liderazgo intelectual y clínico ha jugado un papel muy significativo en el psicoanálisis relacional, quizá en mayor grado que en el escenario plural del feminismo. Una posible interpretación de esta realidad es un tanto problemática: ¿están las corrientes feministas más ideologizadas, en forma polarizada, que las corrientes psicoanalíticas? ¿Nos cuesta entender la posición de los otros, en tanto feminismos que no se acercan al otro masculino, y no somos capaces de dialogar para un mutuo reconocimiento? Polaridades y antinomias peligrosas pueden ser transformadas en potenciales paradojas tolerables ofreciendo la posibilidad de deconstruir jerarquías basadas en el género y el poder.

El psicoanálisis y el feminismo han sido temas de muchos encuentros y debates. En nuestros días, los debates intelectuales tienen un horizonte muy limitado y transpiran una secreta resignación conformista, por lo que creo que la discusión que ofrece *La sombra del otro* puede ser un ejemplo para nuevas generaciones, ya que nos muestra a una mujer que ha sido capaz de romper con moldes ideológicos, con convenciones y esquemas parroquiales. Una mujer que nos habla de una teoría feminista en la que el otro opuesto es un sujeto a reconocer y que lo que teoriza es parte de su propia vida y actividad.

Cuando en una entrevista se le pregunta qué es lo que en su investigación hace al psicoanálisis explícitamente feminista, Jessica Benjamin responde que la palabra investigación es incorrecta para expresar lo que ella hace; que ella piensa, lee, observa y escribe teoría, y que ésta surge de su práctica clínica, práctica que define como el encuentro o desencuentro en el reconocimiento de ambos participantes —analista y paciente— como sujetos, dejando atrás la concepción del paciente como el objeto y del analista como la autoridad. Parafraseando la fórmula freudiana Donde estaba el Ello, debe

estar el Yo, siguiendo a Benjamin diríamos: donde estaban los objetos, deben estar los sujetos.

Esta introducción al libro de Benjamin no debe concluir sin hacer una mención especial a Loida Díez, traductora y editora independiente a quien, en última instancia, debemos la publicación de este libro en castellano. Su interés por el pensamiento de Benjamin la llevó a rebuscar en bibliotecas y librerías de viejo hasta obtener su obra publicada, en inglés y en español. Posteriormente se animó a traducir *La sombra del otro* y, una vez concluida la tarea, comenzó a buscar una casa editorial a la que pudiera interesar su publicación.

Asimismo es de agradecer la labor de la editorial Psimática por sacar a la luz una de las obras más brillantes de una de las figuras clave del pensamiento psicoanalítico de las últimas décadas.

Emilce Dio Bleichmar
Madrid, enero de 2013